

PQ 2258

S 4

S 6



Clas. _____ N
Núm. Autor 62772
Núm. Adg. 29662
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó EG
Catalogó _____

La Señorita de Maupin

I

Te quejas, amigo mío, por la escasez de mis cartas y ya debes comprender que teniendo tan pocas novedades que comunicarte, no existe razón para escribirte.

Esto, con tu buen criterio debes comprenderlo y no vale la pena de hacer que recorra cien leguas una sencilla hoja de papel, para no decir otra cosa que vulgaridades.

Por más que busco en mi memoria algo nuevo que decirte, nada encuentro. Mi existencia es tan completamente metódica que degenera en monotonía. Hoy es lo mismo que ayer y sin que tenga pretensiones de profeta, puedo asegurarte por la mañana lo que podrá acontecerme por la noche.

La distribución de mi tiempo es la siguiente: Me levanto, me desayuno, me voy á la sala de esgrima, salgo, entro, como, hago algunas visitas, ó me ocupo en leer cualquier cosa y, finalmente, me acuesto precisamente como había hecho la víspera.

Me duermo y como mi imaginación no está excitada por nuevos objetos, no me ofrece sino sueños sin importancia y tan monotonos como todos los actos de mi vida real.

Ya comprenderás que todo esto no es muy recreativo que digamos, pero, sin embargo, me avengo mucho mejor con esta existencia que hubiera podido hacerlo hace seis meses.

Me fastidio, es verdad, pero de una manera tranquila y resignada, que no deja de tener cierta dulzura que comparo con esos días de otoño pálidos y templados que no carecen de cierto encanto tras el calor excesivo del estío.

Esta existencia aun cuando aparentemente la he aceptado, no es la que yo necesito, ó al menos se parece muy poco á la que yo sueño y para la que me creo apto.

Quizás me engañe y no esté hecho efectivamente sino para este género de vida pero no me atrevo

á creerlo porque si este fuera mi verdadero destino no me habría visto arrastrado á tantos y tan dolorosos extremos.

Demasiado sabes el atractivo tan poderoso que tienen para mí las aventuras extraordinarias y cuanto me agrada todo lo que es singular, excesivo ó peligroso; con qué interés leo las novelas y las historias de viajes, finalmente creo que no existe en el mundo una fantasía más loca que la mía.

Pues bien, á pesar de todo eso no he tenido jamás una aventura ni he podido hacer un viaje.

La vuelta al mundo para mí es la vuelta de la población en que resido, toco el horizonte por todos lados y estoy codeándome constantemente con la realidad.

Mi vida es la del molusco adherido á la roca, y créete que me asombro de que mis pies no hayan echado raíces todavía.

Se pinta el Amor con los ojos cubiertos con una venda y yo creo que es el Destino quien había de pintarse así.

Tengo por criado una especie de acémila sobradamente pesado y sumamente estúpido que ha corrido de una parte á otra, que ha estado no sé donde y ha visto con sus ojos todo eso de que yo me formo ideas tan extrañas.

Se ha encontrado en situaciones verdaderamente difíciles y le han ocurrido las aventuras más extraordinarias que tú puedes imaginarte.

Le hago hablar algunas veces y no puedo menos de irritarme al considerar que todos esos sucesos

le hayan ocurrido á un individuo incapaz de sentimiento ni de reflexión y que no es bueno sino para hacer lo que hace, es decir, cepillar la ropa y embetunar las botas.

Yo creo que la vida de ese imbécil debiera ser la mía.

Pero él me cree muy dichoso y no puede menos de sorprenderse al verme tan triste como estoy.

Todo esto no es muy interesante, amigo mío, y no merece la pena siquiera de que se escriba. ¿No es verdad?

Pero tú quieres absolutamente que yo te escriba y es menester que te cuente lo que pienso y lo que siento y que te dé parte de mis ideas á falta de sucesos importantes.

Quizás no encuentres en todo ello ni orden ni novedad pero no eches la culpa á nadie más que á tí, tú lo habrás querido.

Eres mi amigo de la infancia, me he criado contigo, nuestra vida ha sido la misma durante mucho tiempo y nos hemos acostumbrado á participarnos nuestros más íntimos pensamientos.

Por esta misma razón puedo referirte sin ruborizarme todas esas tonterías que cruzan mi cerebro desocupado.

Ni añadiré ni quitaré palabra, puesto que ante tí no debo tener amor propio y seré completamente sincero hasta en lo más insignificante.

Bajo este sudario de esa especie de fastidio de que te he hablado hace poco, se agita con frecuencia un pensamiento más bien adormecido que muer-

to, y no tengo siempre la calma dulce y triste que produce la melancolía.

Tengo recaídas y hay momentos en que soy víctima de mis antiguas agitaciones. Nada es más fatigoso en el mundo que esos torbellinos sin motivo y anhelos sin objeto.

En esos días, aun cuando no tengo nada que hacer lo mismo que en los demás, me levanto al amanecer porque me parece que estoy haciendo falta y que no tendré el tiempo que necesito; me visto precipitadamente como si hubiera fuego en la casa, lamentándome si pierdo algún minuto.

Cualquiera que me viese creería que voy á alguna cita de amor ó á cobrar alguna cantidad importante.

Pues nada de eso.

No sé donde he de ir pero es necesario que vaya y creería mi reputación comprometida si permaneciese inmóvil.

Me parece que se me llama desde el exterior, que en aquel instante está mi destino en la calle y que allí se va á decidir la cuestión de mi vida.

Desciendo la escalera con el rostro descompuesto, el traje en desorden, el cabello erizado; los transeuntes vuelven al verme pasar y se rien de mi aspecto pensando quizás que soy algún libertino que ha pasado la noche en medio de alguna orgía.

Y efectivamente, embriagado estoy aunque nada he bebido y tengo del borracho hasta los traspiés y la incertidumbre en los movimientos.

Corro de una calle á otra como perro que ha per-

dido su dueño, buscando al azar, inquieto, volviéndome al menor ruido, deslizándome entre cada grupo sin hacer caso de los improperios de las gentes á quienes tropieza y mirando por doquiera con una claridad de visión como no la tengo en otros momentos.

Sin saber cómo parece que se me demuestra de repente el error que padezco, que lo que yo busco no está allí, que es necesario el ir más lejos, al otro extremo de la ciudad, ¡qué sé yo! y emprendo mi carrera como si me llevara el diablo.

Apenas tocan mis pies en el suelo, y debo ofrecer un aspecto muy extraño con mi aire furioso, mis brazos agitándose en medio del espacio y los gritos inarticulados que voy dando.

Cuando á sangre fría reflexiono esto, me río de mí mismo, lo que no impide que vuelva á hacer lo mismo á la primera ocasión.

Si se me preguntara por qué corro así, no sabría qué contestar.

No tengo deseos de llegar porque no voy á ninguna parte y no temo llegar tarde puesto que no tengo una hora fija. Nadie me espera y por lo tanto no exige razón alguna para que así me apresure.

¿Es acaso que busco una ocasión de amar, una aventura, una mujer, una idea, una fortuna, alguna cosa que falta á mi vida y que busco sin darme cuenta de ello impulsado por un instinto confuso? ¿es mi existencia que se quiere completar, es el deseo de salir de mi casa, de mí mismo, del fastidio de mi situación y del deseo de obtener otra?

Alguna cosa de estas será y quizás todas juntas.

Cualquier cosa que sea me produce un estado desagradable una irritación febril á la que ordinariamente sucede una atonía completa.

Algunas veces se me ocurre que si hubiese partido una hora antes ó si hubiese acelerado mi marcha, tal vez habría llegado á tiempo; que mientras yo pasaba por esta calle lo que buscaba había pasado por la otra, y que ha bastado un momento de detención, producido por el paso de algunos carruajes, para hacer que se me escapase lo que persigo hace tanto tiempo.

No puedes imaginarte las grandes tristezas y las profundas desesperaciones que me acometen cuando veo que nada consigo, que se pasó mi juventud y que ningún horizonte se abre ante mí. Entonces todas mis pasiones se agitan sordamente en mi corazón y luchan y se devoran entre sí á falta de otro alimento como fieras encerradas en una jaula y á las cuales su guardián se ha olvidado de darles el alimento necesario.

Peró á pesar de estas decepciones de todos los días, hay algo en mí que resiste y no quiere morir.

No tengo esperanza porque para esperar es preciso tener un deseo, una cierta propensión á creer que las cosas cambien de un modo mejor que de otro.

No deseo nada porque quizás lo deseo todo. Espero. ¿Qué espero?

No lo sé, pero el caso es que estoy esperando.

Es una situación la mía terrible, llena de impacencias, mezcladas de sobresaltos y de movimientos nerviosos como debe ser la de un amante que espera á su querida.

Y sin embargo, nada se me presenta, nada llega, me encolerizo ó me pongo á llorar.

Espero que el cielo se abra y que descienda de él un ángel que me haga una revelación, que una revolución estalle y que se me dé un trono, que una virgen de Rafael se destaque del lienzo y venga á abrazarme; que parientes que no tengo mueran y me dejen conque hacer navegar á mi fantasía sobre un río de oro ó que un hipógrifo me coja y me lleve á regiones desconocidas. Lo que yo espero, positivamente no es nada de lo ordinario ni de lo vulgar.

Y esto que te digo me domina de tal modo que cuando entro en mi casa no dejo de preguntar: «¿No ha venido nadie? ¿No hay carta alguna para mí? ¿No hay nada de nuevo?»

Y eso que sé perfectamente que no hay nada, que no puede haber. Pero es igual; quedo siempre muy sorprendido cuando mi criado me contesta invariablemente:

—No, señor, absolutamente nada.

Algunas veces, y esto es lo más raro, la idea toma una forma precisa y me digo:

«Será una mujer á quien no conozco ni me conoce, y á quien me habré encontrado en el teatro ó en el paseo.»

Recorro toda la casa y hasta que no he abierto

la puerta de la última habitación no me atrevo á decir, para que tú veas si estaré loco: «Indudablemente estará aquí.»

Cuando no me domina el aburrimiento ó el cansancio mi alma se despierta y recobra todo su antiguo vigor.

Yo espero, amo, deseo y mis deseos son tan violentos que me imagino que, como un imán dotado de una gran potencia, han de atraer hacia sí todo aquello que constituye mi anhelo.

He aquí por qué espero las cosas que deseo en vez de ir á buscarlas, y desdeño con frecuencia las facilidades que quizás pudieran satisfacer mis esperanzas.

Cualquiera escribiría una carta llena de ternezas á la divinidad de su corazón ó buscaría la manera de aproximarse á ella.

Yo en cambio pido al mensajero la respuesta á una carta que no he escrito, y paso el tiempo creando en mi cabeza las situaciones más extraordinarias á fin de dejarme ver de la que amo bajo el punto de vista más inesperado y más favorable.

Podría hacerse un grueso volumen con todas las estratagemas que imagino para llegar hasta ella y descubrirle mi pasión.

Todo esto pasa en las sombrías profundidades de mi alma, y todas estas ideas quedan envueltas cuidadosamente en lo más recóndito de mi pensamiento, y como exteriormente no se ve nada, tengo la reputación de un joven muy tranquilo y muy frío, poco sensible respecto á las mujeres é indiferente

á todo aquello propio de su edad, lo cual está tan lejos de la verdad como lo están generalmente todos los juicios del mundo.

Sin embargo, aun cuando se me han rehusado muchas cosas, varios de mis deseos se han realizado, y por la poca alegría que su realización me ha causado he llegado á esperar el cumplimiento de los otros.

Recordaba sin duda aquel ardor infantil, aquella violencia conque yo deseaba tener un caballo.

Pues bien, mi madre me regaló uno negro como el ébano con una estrellita blanca en la frente, largas crines, pelo reluciente y fina la pierna, precisamente como yo le deseaba.

Cuando le trajeron me causó tal impresión, que por espacio de un cuarto de hora estuve inmóvil y silencioso, pálido y afectado sin saber qué decir.

Después me puse de un brinco sobre la silla y sin pronunciar una palabra, le hice arrancar á galope corriendo de este modo por el medio del campo más de una hora.

Durante más de una semana estuve haciendo lo mismo y no sé cómo pude resistirlo.

Pero poco á poco todo este ardor se ha apaciguado, he puesto al caballo al trote, después al paso y finalmente voy en él con tanta indiferencia que muchas veces se detiene sin que yo mismo lo advierta.

El entusiasmo se ha convertido en costumbre más pronto de lo que yo creía.

También tenía otro deseo más vivo, más ardien-

te, más cariñosamente acariciado y para el cual había construído en mi alma un preciosísimo palacio de quimeras, que destruía y formaba de nuevo con una constancia desesperante, como hacen los niños con los castillos de naipes.

Este deseo era tener una querida, pero una querida formada para mí exclusivamente como el caballo.

No se si la realización de este sueño me produciría lo mismo que la del otro, es decir, la frialdad y la indiferencia pasados los primeros días. Creo que no.

Tengo veintidos años y debo confesar que no desconozco cierta clase de placeres entre los cuales queda muchas veces enredada la paz y la tranquilidad del corazón que es lo peor. Pues bien, á pesar de esto no he tenido una querida y todo mi deseo es tener una.

Y como la quiero la tendré quizás dentro de poco y si así no fuera te aseguro que me desesperaría en tales términos y que tendría respecto á mi mismo una timidez interior y un decaimiento tal que habría de influir gravemente para el resto de mi vida.

Bajo ciertos puntos de vista me creería incompleto, inharmónico, contrahecho de espíritu ó de corazón por que lo que yo pido es justo y la naturaleza se lo debe á cualquier hombre.

Mientras que yo no haya conseguido mi objeto me consideraré como un niño y no tendré en mis fuerzas la confianza que debo tener.

Una querida para mí es lo que la toga viril para un joven romano.

Veo tantos hombres completamente indignos por todos estilos, que poseen hermosas mujeres de las cuales apenas si podrían servirles de lacayo, que la vergüenza enrojece mi frente por ellas y por mí.

Esto me hace formar una tristísima opinión de las mujeres á quienes veo ligadas con estos hombres á quienes desprecian y á quienes engañan, más bien que entregarse á cualquier joven honrado y sincero que se consideraría muy dichoso y que las adoraría de rodillas como haría yo.

Es verdad que aquella clase de hombres abundan por todas partes, llenan los salones mientras que yo permanezco en mi casa, apoyada la frente contra el cristal de mis balcones evocando silenciosamente en mi corazón el perfumado santuario, el templo maravilloso donde debo adorar el ídolo futuro de mi alma. Casta y poética esta ocupación que á las mujeres no suele agradarles mucho.

Las mujeres tienen pocas simpatías por esta clase de platonismo y en cambio atienden singularmente á los que ponen sus ideas en acción.

Y después de todo no van desacertadas.

Obligadas por su educación y por su posición social á callar y esperar prefieren naturalmente los que van á buscarlas y les hablan sacándolas de una situación falsa y enojosa.

Yo comprendo todo esto, pero nunca podría, como veo que otros lo hacen, abandonar mi asiento y cruzar el salón para ir á decir sin más ni menos á

una mujer «me parece usted un ángel» ó bien «esta noche tienen sus ojos de usted una expresión irresistible.»

Todo esto sin embargo no impide el que yo comprenda que tengo necesidad de una querida. No se quien será, pero lo cierto es que entre todas las mujeres que conozco no encuentro ninguna capaz de ejercer cumplidamente esta importante dignidad.

Unas son demasiado jóvenes, otras carecen de belleza ó de talento; las que son bellas y jóvenes tienen el don de la virtud y carecen de la libertad necesaria y siempre se encuentra por medio un marido, un hermano, una madre ó cualquier tía cuya vista es muy perspicaz y cuyo oído es muy fino y á quienes hay de domesticar ó arrojar por el balcón.

No soy muy afecto á las mamás y mucho menos á las criaturas pero debo confesar también, que las mujeres casadas tienen muy poco atractivo para mí.

Existe en ellas una confusión y una mezcla que me sublevan.

No puedo sufrir la idea de esa comandita.

La mujer que tiene un marido y un amante es una prostituta para uno de ellos y generalmente para los dos, y por otra parte yo no podría consentir el ceder mi puesto á otro.

Mi orgullo no sabría doblegarse á semejante bajeza. No me separaría de ella por la llegada de otro hombre, resultando de aquí que ella quedaría comprometida y perdida; y que tendríamos que batirnos

á cuchilladas teniendo cada uno puesto un pie sobre su cuerpo.

Las escaleras secretas, los armarios, los gabinetes y todas esas máquinas del adulterio, serian un recurso muy pobre para mí.

Tampoco me agrada eso que se llama candor virginal, la inocencia de la primera edad, la pureza del corazón y todas esas cosas encantadoras que son muy bonitas en los versos. No me gusta enseñar el alfabeto del amor á esas encantadoras inocentes.

Apenas saben deletrearlo, y prefiero las mujeres que saben leer correctamente y con las cuales no tiene una necesidad de entretenerse hasta el fin del capítulo.

Descartadas las jóvenes y las casadas parece que ha de ser entre las viudas donde debo elegir mi debilidad.

Y sin embargo, tampoco en este terreno puedo tener el resultado apetecido.

Constituir el segundo tomo de la novela de una mujer no me hace gracia. Y cuidado que no se puede negar que las viudas reúnen encantos muy especiales.

Las lágrimas recordando al difunto, la mirada que se dirige al cielo como pidiéndole fuerzas para resistir el dolor y sobre todo el luto, ese marco de ébano que encierra el cutis blanco y trasparente haciendo que se destaque más la belleza de aquel rostro, es de un efecto extraordinario.

Un luto es la fortuna para una mujer bonita y

esta es una de las razones porque no me casaré nunca por el miedo de que mi mujer se deshaga de mí para vestirse otra vez de luto.

Ya te oigo decir: «¿pues qué elejirás entonces, á quién quieres?»

Este es el enigma, esta es la frase de la charada y si yo la supiera no me atormentaría tanto.

Hasta ahora no he querido á ninguna mujer, pero amo y lo que yo amo es el amor.

Aunque no haya tenido queridas y las mujeres que me han pertenecido no me hayan inspirado más que el deseo, conozco perfectamente el verdadero amor; no quiero á esta más que á la otra, pero se que existe una á quien amo á quien no he visto nunca, esa es la verdad y á esa yo la encontraré.

Me parece ver el sitio en que habita, el traje que lleva, el color de sus ojos y de sus cabellos, escucho su voz, reconozco sus pisadas entre otras mil y si por casualidad alguno pronunciara su nombre, yo me volvería en seguida porque indudablemente ella á de tener uno de los cinco ó seis que ya la he asignado en mi pensamiento.

Tiene veinte y seis años, ni es ignorante ni excesivamente sabia, es un ser encantador para amar como es necesario, sin puerilidad ni libertinaje. Es de mediana estatura porque no quiero ni una gigante ni una enana, sus formas han de ser redondas y perfectamente desarrolladas, en resumen la mujer que yo he constituido en mi sueño, es un conjunto de belleza delicado y firme á la vez, elegante y gracioso, poético y real, una creación de Giorgione ejecutada por Rubens.

Cuando nos encontremos por la primera vez ha de ser á la caída de la tarde, en una de esas poéticas y encantadoras puestas de sol; el cielo tendrá esos matices anaranjados, de amarillo claro y de verde pálido que se ven todavía en algunos cuadros de los grandes maestros de otro tiempo. El encuentro se verificará en una gran alameda de castaños en flor y de olmos seculares cubiertos de ramas, árboles de un verde fresco y sombrío que prestan sombra llenos de misterio y de encanto.

Entre aquella arboleda, destacándose sobre el fondo de verdura con su blancura de nieve, estatuas, jarrones de mármol y un pequeño estanque donde se bañan los cisnes de nítida blancura.

En el fondo el castillo feudal de la época de Enrique IV con ventanas estrechas y largas.

En una de estas ventanas melancólicamente apoya sobre el alfeizar la reina de mi alma, fija la melancólica mirada en el espacio.

Ya ves que aquí no falta nada y que todo esto es perfectamente absurdo.

Mi bella señora deja caer su guante, lo recojo, lo beso y se lo ofrezco, empieza la conversación, hago gala de un talento que no tengo y digo cosas encantadoras. Se me contesta, replico, aquello es un fuego graneado, una lluvia luminosa de embriagadoras palabras. En resumen estoy adorable y soy adorado.

Llega la hora de cenar, se me convida, acepto. Que cena, amigo mío, y que cocinera me forjo en mi imaginación.

El vino empaña ligeramente el cristal, el faisán dorado es servido en la rica fuente blasonada, el festín se prolonga hasta bien avanzada la noche y ya debes comprender muy bien que yo no voy á terminarla á mi casa.

¿No te parece que todo esto está muy bien imaginado? Nada en el mundo es más sencillo, y realmente sorprende que esto no haya ocurrido cien veces más bien que una.

En otras ocasiones es en un bosque, en medio de una cacería, á la orilla de un precipicio donde encuentro á mi hermosa desconocida en el momento preciso de salvarla.

Desmayada la llevo en mis brazos á su castillo y qué mujer bien nacida es la que rehusaría su corazón al hombre que á expuesto su vida por ella.

Ninguna; y el reconocimiento es un camino de travesía que conduce muy pronto al amor.

Tú convendrás al menos que cuando yo caigo en el romanticismo, no es á medias y que estoy loco cuanto es posible estarlo; y convendrás también que cuando escribo cartas estas se convierten en volúmenes, con lo cual te demuestro que yo amo todo aquello que se sale de los límites ordinarios.

He aquí la razón porque te quiero. No te burles de todas las tonterías que acabo de referirte. Abandono la pluma para ponerlas en acción, porque vuelvo siempre á mi tema de que quiero tener una querida.

Ignoro si será la dama de la cacería ó la belleza del balcón, pero desde luego me despido de tí para ponerme en su busca.

¡Mi resolución está tomada! Aún cuando la que yo busco se oculte en el fondo del reino de Cathay ó de Samarcanda la sabré descubrir y te haré saber el éxito de mi empresa.

Espero que triunfaré. Ruega por mí, amigo mío. Voy á vestirme muy elegante y saldré de mi casa decidido á no entrar sino con una querida según mis ideas.

He soñado demasiado, voy á realizar el sueño.

P. D. Dime alguna cosa del pequeño D***. ¿Qué ha sido de él? Aquí nadie sabe nada. Saluda á tu digno hermano y á toda la familia.



II

Amigo mío, por fin he entrado en la casa sin que haya tenido necesidad de ir á Cathay á Cachemira ó á Samarcanda, pero debo añadirte también que continúo lo mismo que antes.

Había hecho el juramento de que iría hasta al fin del mundo y he llegado únicamente al extremo de la ciudad.

Yo no sé como me las compongo pero el caso es que no puedo cumplir jamás ninguna palabra, ni á